

Fruto del Amor¹

Dos hijos, dos actitudes

1. Seguimos escuchando, en el Evangelio de la misa, las parábolas recogidas por san Mateo. Hoy, una muy breve y expresiva, la de los dos hijos². En apenas un párrafo, muy pocas líneas, el Señor pone delante de nosotros dos modos muy generalizados de responder a la gracia de Dios. Ante el mandato del Padre de trabajar en la viña, el primer muchacho dice de inmediato: Ya voy, pero no va. Mientras que el segundo, ante el mismo mandato, dice con una actitud de franca rebeldía: No quiero ir, pero se arrepiente y va. Cuando Jesús pregunta sobre quién hizo la voluntad del padre, la respuesta, obviamente es que el segundo.

Y, en efecto, así suele ocurrir. Son *legiones* las almas semejantes al primero de los hijos. Personas más o menos instaladas en la Iglesia, que viven en una aparente religiosidad, pero que apenas perciben una exigencia inesperada, responden con indiferencia. Con una promesa imprecisa y vaga que, en el fondo, no piensan cumplir. Parece que obedecen, pero realmente no están dispuestas a prescindir de su comodidad. En el otro lado están los que viven lejos de la práctica religiosa, en una actitud crítica y distante de la fe y de las enseñanzas de la Iglesia. Que dicen “no” –como el segundo hijo– ante cosas que les resultan incomprensibles o exageradas. Pero que, en un determinado momento, como tienen un fondo noble y generoso, rectifican y emprenden una vida distinta. Son *los conversos* que, desde María Magdalena y Saulo de Tarso, tanto bien han hecho al cristianismo en su larga historia.

Obediente hasta la muerte

2. Para Jesús la conclusión es obvia. Las meras palabras y las apariencias superficiales no tienen mayor valor. Lo que importa de verdad son los hechos, los frutos, la vida. San Ignacio de Antioquía, un imponente mártir de los primeros tiempos de la Iglesia, sostenía: *Es mejor ser cristiano, sin decirlo; que decirlo sin serlo.*

Ahora bien, si nos fijamos con atención, descubriremos en la parábola no a dos, sino a tres hijos. Los dos anteriores y el propio Jesús que nos la narra. Si uno dice, voy y no va; y otro, no voy, pero finalmente va. Jesús, en todo momento dice: voy y va. Y eso es lo que nosotros debemos imitar. Cristo recibió el mandato del Padre de redimirnos, asumiendo que el misterioso plan de la Providencia divina implicaba nada menos que el camino de la Cruz. Era muy difícil aceptar semejante propuesta, pero el Señor, consciente que la tragedia de la humanidad había empezado con la desobediencia de Adán, quiso en todo momento y con plena libertad, reparar ese daño con un supremo acto de obediencia.

Así lo confirman muchos textos de la Escritura. Uno especialmente importante y claro es el que hoy escuchamos en la segunda lectura, tomado de la epístola de san Pablo a los Filipenses: *Cristo –nos dice el Apóstol– se anonadó a sí mismo tomando la condición de*

¹ Homilía en el domingo XXVI del tiempo ordinario, ciclo A.

² Evangelio, *Mateo* 21, 28-32.

siervo, y se hizo semejante a los hombres. Así, hecho uno de ellos, se humilló a sí mismo y por obediencia aceptó incluso la muerte, y una muerte de cruz³.

Una virtud incomprendida

3. Hay algunas virtudes cristianas ante las que la sensibilidad actual es particularmente refractaria. Indudablemente la obediencia es una de ellas. En algunos segmentos sociales, especialmente entre los jóvenes, obedecer a un superior llámese padre, maestro, entrenador deportivo, etc. es punto menos que imposible. Es más, indeseable. Parecería que quien obedece incluso a Dios y a la Iglesia es más un borrego despersonalizado, que un joven maduro, auténtico y carismático. Pero definitivamente las cosas no son así. Esta grave distorsión de la obediencia procede, como es habitual en la vida, de una ponzoñosa raíz de soberbia.

Una sociedad ordenada y fecunda necesita personas investidas de legítima autoridad. Y, lógicamente, de parte de los subordinados, de la necesaria obediencia. Sin respeto y acatamiento a lo razonablemente indicado, no se puede conseguir el bien común en todos los ámbitos de la vida social. Lo contrario sería anarquía, y la anarquía es incompatible con el orden, la justicia y la paz. Lo expresa bien un punto del Catecismo de la Iglesia: *El deber de la obediencia impone a todos la obligación de dar a la autoridad (legítima) los honores que le son debidos, y de rodear de respeto y, según su mérito, de gratitud y de benevolencia a las personas que la ejercen*⁴.

Ese fue, insisto, el gran ejemplo del Señor. No se puede imaginar en el ancho mundo una personalidad más rica, más atractiva e influyente que la de Jesucristo. Y Él, en todo momento, obedeció. *Nada subraya tanto ni con tanta frecuencia, precisión y energía el pincel de los evangelistas, como el ardiente amor de Jesús a su Padre celestial*⁵. Un amor que se expresa ya desde las primeras palabras que le conocemos, cuando al ser encontrado por María y José en el templo luego de tres días de ausencia, les dijo: *¿Por qué me andaban buscando? ¿No sabían que debo ocuparme en las cosas de mi Padre?*⁶. Y otro tanto ocurre con las últimas. En el evangelio de Lucas, Jesús termina su vida con un confiado abandono en el Padre Eterno: *¡Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu!*⁷

Se trata, no debemos olvidarlo, de algo esencial en la obra redentora de Cristo. Es la forma en que se condensa la salvación de toda la humanidad. Cristo cura radicalmente con su obediencia, la gravísima herida de la desobediencia de Adán y Eva en el Paraíso⁸.

Obediencia y fe

³ Segunda lectura, *Filipenses*, 2, 7-8.

⁴ *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1900.

⁵ K. Adam, *Jesucristo*, p. 125.

⁶ *Lucas* 2, 49.

⁷ *Lucas* 23, 46.

⁸ Cfr. F. Ocariz, L.F. Mateo Seco, J.A. Riestra, *El misterio de Jesucristo*, pp. 322-323.

4. Por tanto, también nosotros hemos de obedecer. Y hacerlo de una manera humilde, inteligente, pronta, pero, ante todo, sobrenatural. La obediencia debe partir de la fe, de la certeza de que así nos identificamos con Cristo y nos unimos directamente a Dios. Mientras que, por el contrario, la rebeldía nos hace hijos del demonio. ***Obedece sin tantas cavilaciones inútiles (...). Narra el Evangelio que un padre de familia hizo el mismo encargo a sus dos hijos... Y Jesús se goza en el que, a pesar de haber puesto dificultades, ¡cumple!; se goza, porque la disciplina es fruto del Amor***⁹.

La Virgen María no tuvo reparo alguno en autodenominarse *la esclava del Señor*. Aprendamos.

Francisco A. Cantú, Pbro.

Santa Fe, Ciudad de México, a 27 de septiembre de 2020.

⁹ San Josemaría, *Surco*, n. 378.